



SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

LA ILUSTRACION

DE LOS NIÑOS

OFICINAS

Montera, 53, segundo

MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.
Se publica dos veces al mes.

Año V

DIRECTOR. Don José Novi y Pereda

Núm. 80

SUMARIO

I. La educacion.—II. Los niños pobres.—III. Indivinió, el niño saguntino.—IV. La paloma y el gavilán.—V. Los hijos del escritor.—VI. La mariposa amarilla.—VII. Lecciones de geometría.—VIII. Dominico Theotocópoli, *El Greco*.—IX. El cura de mi pueblo.—X. La felicidad.—XI. La muñeca.—XII. El esqueleto vivo.—XIII. La actividad.

LA EDUCACION

Tema es este de antigua y variada controversia y que en los momentos actuales ocupa y preocupa en extremo los ánimos.

Cierto que su importancia es grande y trascendental su influencia, y de ahí sin sin duda que absorba en mayor grado que otros la atención de los pensadores y pedagogos.

Que es la educacion uno de esos caracteres que deben resaltar siempre en el proceder del ser humano, y nada más á propósito paro estraviarle ó extremarle, que el menor punto que raye fuera de su natural y firme círculo, en el que ha de hallarse contenido, al efecto de vivir y desarrollarse en su propia esfera, en su atmósfera natural.

Con su hermana la instruccion, constituye la educacion las dos grandiosas y fuertes columnas que sostienen y sobre las que descansa todo el edificio de la armonía del Universo.

Verdad inconcusa es esta, reconocida en todos los tiempos y por todas las escuelas adoptadas. De ahí, sin duda, esa preferencia que á su mejora y extension se ha consagrado por cuantos en las necesidades de la sociedad se ocupan.

En pocos asuntos como en este están más rayanos los términos extremos, que por igual son de aborrecer y de impedir: pues si peca y peca siempre mucho la carencia de todo rudimiento de educacion, no peca menos la aparente ó pretendida creencia de tener educacion sobrada.

El estrecho y humilde arroyuelo, si no basta á regar una campiña, sirve para apagar la sed al pobre caminante. El rio caudaloso fecundiza la tierra y presta su valioso concurso al hombre en otros va-

rios usos, mientras no salta su cauce y se desborda en asoladora corriente.

Y es que en el mundo tiene señalada todo su esfera de accion.

La educacion, por lo tanto, cuenta tambien con la suya, segun ya queda expuesto, y ha de revestir, en nuestro juicio, para que se manifieste en sus naturales y propias facultades, los caracteres de adquirida en sazón, desarrollada con oportunidad y aplicada con prudencia.

Por eso se empieza procurando que los niños la vayan conociendo desde la niñez y á que una vez hombres entiendan que en todos sus actos deben revelar que no la aprendieron en balde, ni la derrochan ni escasean en los demás períodos de la vida.

Mas á virtud de uno de esos contrastes que tan á menudo nos ofrecen el tiempo y la historia, resulta que si hasta épocas recientes se habia descuidado, por no decir casi abandonado, por completo la educacion de la mujer, en la época corriente parece como que se quiere subsanar el error cometido y en marcha veloz llegar á un rérmino muy remoto y al que que no debe llegarse sino con planta firme y paso seguro.

Así que no es de extrañar, llamen algunos publicistas á los actuales momentos los momentos de las exageraciones; frase que, si no podemos aceptar completamente al pié de la letra, segun la expresion vulgar, la aceptamos en su fundamento.

Preténdese hoy que la mujer rompa el estrecho círculo en que vivia en sus relaciones con el mundo científico, y que invada las universidades y arremeta con toda clase de estudios y no encuentre obstáculo á su acceso á todo género de empresas literarias y profesionales. ¡Pretension absurda, en nuestro sentir!

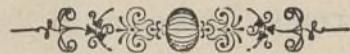
Mision más propia y adecuada tiene que cumplir la mujer en su viaje por este valle de lágrimas que explicar filosofía, allá en el seno del bogar doméstico, como hija, como esposa ó como madre.

La mujer trae el mundo mision de paz y cariño, no de investigacion científica ni de elucubraciones literarias.

Dios dió la mujer al hombre, para compañera, no para competidora.

Mas como el punto es interesante y su controversia de actualidad, aplazamos para otro número el ocuparnos de la significacion que debe alcanzar la mujer en la época presente, á fin de que nuestras estimadas lectoras las aprecien en su verdadero valor y no lleguen á extrañarse, sin nuestro consejo anterior y nuestra protexta futura, en el camino que la señalan su destino y su conciencia.

JOSÉ NOVI Y PEREDAS



LOS NIÑOS POBRES

A MIS INFANTILES LECTORES

Pidiendo de puerta en puerta,
cruzando calles y plazas,
con su hermanito en los brazos
y mucho amor en el alma,
de la caridad de algunos
vive esta pobre muchacha,
sin más amparo que el cielo
ni más bien que su esperanza,
—que es el bien más venturoso,
puesto que del cielo emana,
y son los dones del cielo
aquellos que nunca acaban.—

Contentos con su pobreza
nunca los dos se separan,
porque ella adora en su hermano
y él no vive sin su hermana,
que es el fraternal cariño
pura y bendecida llama
que en el maternal regazo
toma la esencia más casta,
y el mismo Dios la alimenta
y ya en la vida se apaga.

Juntos los dos hermanitos,
él en sus brazos se ampara
y ella orgullosa le lleva,
que ser su madre le halaga;
y mirándose en sus ojos
se olvida de su desgracia,
y ni el cansancio la rinde
ni el porvenir la acobarda.

Ella le cuida, le duerme,
le enseña dulces plegarias,
y cuando en algun banqueto
recoge algunas migajas
como si fuera su madre
le da la mejor vianda;
ella en las noches de invierno
frias y tristes y largas,
en el hueco de una puerta,
sufriendo el viento y el agua,
con sus harapos le abriga
y con cariño le abraza...

Si en medio de vuestros juegos

pensais algo en la desgracia
y veis niños andrajosos
que junto á vosotros pasan,
acordaos de estos pobres
y no les volvais la cara.
¡Qué fuera del pobre niño
sin el amor de su hermana!
¡qué fuera de ellos si un día
la caridad les faltara!
Pensad en los que son pobres
y ejerced la virtud santa,
que ella es el lazo que une
á Dios con las buenas almas.

RICARDO SEPÚLVEDA

INDIVINIO, EL NIÑO SAGUNTINO

(Continuación)

Anibal, al saber de qué manera habían burlado sus intenciones, rugió de cólera cual el hambriento león, y animó á sus soldados prometiéndoles doble botín del que pudiera corresponderles si asaltaban la muralla; y lleno de coraje dirigióse el primero contra la ansiada torre, cuando un dardo que partió de aquella vino á clavársele en una pierna, haciéndole caer al suelo. A su vista detuviéronse los soldados, y recogiendo al herido con veloz prontitud, se retiraron dejando allí máquinas y armas. Entre tanto, la torre en que cifró sus esperanzas ardía con espantoso fragor y estallidos que lanzaban torrentes de chispas y torbellinos de asfixiante humo.

—¿Á quién has herido, hijo mío? preguntaba Mandovilio á su hijo, que, con el arco en la mano, permanecía en actitud de volver á disparar sus flechas.

—No lo sé, padre mío; pero debe ser algún jefe principal, pues ya visteis con qué rapidez recogieron su cuerpo para ocultarle.

—Murro desea conocer y manda que se presente en la plaza el valiente soldado que ha herido á Anibal al acometer esta parte de la ciudad. Le ha visto caer y quiere recompensar al valeroso saguntino, que tal vez haya sido quien libre hoy á la patria de la ruina y de la opresión.

Indivinio ha sido, gritaron una porción de guerreros; el hijo de Mandovilio.

—No sé á quien han herido mis flechas, pero cuando á ese que dices que era Anibal, vi acercarse á nuestros muros, entezé mi arco, y mi mano no fué bastante segura, pues le apunté al corazón, y solo he herido la pierna del soldado. Si era Anibal, quiera Marte que su herida no sane hasta que levante el sitio de esta infortunada ciudad. Dijo Indivinio con seguro acento.

—Ven, pues, que el pueblo entusiasmado quiere conocerte.

Entre tanto los soldados africanos habían comenzado á retirarse, y un silencio de muerte reinaba en el campamento. En muchos puntos de la muralla ignoraban lo que aquella imprevista retirada significaba, mas bien pronto la noticia circuló, y los defensores comenzaron á abandonar sus puestos en vista de la actitud del enemigo, que de una manera tan precipitada emprendía la retirada á su campamento, y acudían á la plaza, en la que

se hallaban reunidos los ancianos, y la mayor parte del pueblo.

Indivinio llegó á ella seguido de una multitud de mujeres y soldados que le aclamaban y victoreaban con entusiasmo; al llegar á la plaza se encontró con Ardovia, que al verle se lanzó sobre su hijo cubriéndole de abrazos y de besos.

—Enorgullécete Ardovia, la dijo una mujer, pues motivo tienes para ello, y quieran los Dioses que sea siempre tu hijo el verdadero salvador de la patria, y que nunca pueda pisar la sagrada tierra que nos vió nacer y cubre los cuerpos de nuestros padres, el feroz enemigo.

Murro, rodeado de una porción de ancianos consejeros, entre los que se conocía á Grayo, Pholo, Metisco, Hosto, Galeso, Lidio, Buro y los hermanos Chomis y Gias y el elocuente Deciamo.

Mandovilio, como uno de los jefes superiores, y senador, formaba parte de aquella asamblea, lleno de orgullo y satisfacción al ver á su hijo siendo el objeto de aquella entusiasta ovación, en la que, él como padre, tanta participación tenía.

Indivinio, con el arco en la mano derecha y sirviéndose de él como de un bastón, acercóse á Murro, quien levantándose le abrazó estrechamente.

—Pueblo saguntino, lleno de orgullo abrazo á este niño, no á este joven, pues que ni aún asoma en su rostro la barba, por cuanto que ha merecido bien de la patria, al salvarla tal vez del yugo de sus tiranos con su certero pulso y esforzado valor. Aprended, nobles saguntinos, á procurar sacrificaros, y anteponer el amor á la patria á la existencia miserable que de nada sirve si falta el cariño á nuestros sacrosantos hogares.

Los esforzados habitantes de la infortunada ciudad lanzaron estusiasmas aclamaciones victoreando á Indivinio, que tranquilo y sin ninguna afectación, consideraba suficientemente recompensado su acto de abnegación y de valor cívico.

Ardovia y Mandovilio no pudieron contener su alegría, y atravesando por entre el apretado pueblo que respetuosamente les abrian paso, llegaron hasta su hijo, á quien abrazaron estrechamente, llenos de orgullo al ver aclamado su hijo por tan honroso acto, pues que el amor de la patria es el que hace á los héroes y á los hombres dignos de la estimación de sus conciudadanos.

Alido se acercó á su amo, y besándole la mano, dijo:

—Bien dijiste, Indivinio, el día que retiráramos los ganados, que pudiera suceder que los niños enseñaran á batirse á los hombres.

—No, Alido, lo que yo he hecho hoy pudieras tú mismo haberlo hecho también, y no hay motivo para que el pueblo me victoree de semejante manera; hay que batirse ántes que entregarnos al enemigo, y nos batiremos hasta morir ó hasta que Roma nos auxilie.

—¡Ah! Roma, Roma, bien merece que se la califique de tan cobarde como traidora con sus aliados.

—Déjala Alido, quién sabe si algún día

implorará auxilio, y no hallará quien la socorra en tan necesaria y peligrosa situación; el obrar bien como el obrar mal, tiene á la larga su recompensa y su castigo.

V

Han pasado algunas semanas, y Anibal, restablecido de su herida, ha empeñado nuevos combates, en que su bárbaro deseo ha encontrado siempre por delante el indomable valor de los saguntinos, que asediados continuamente después de tan largo sitio, comienzan á sentir los horrores que acompañan siempre á toda ciudad sitiada. Ya las raciones disminuyen y el desfallecimiento comienza á presentarse en la entristecida faz de las mujeres y de los niños con sus terribles insinuaciones: los rostros flacos y enojecidos por el insomnio señalan con amoratados círculos una mirada calenturienta y extraviada el estado de exaltación de que los ánimos se hallan poseídos. El enemigo, tenazmente, continúa noche y día molestando á los sitiados con continuos ataques que á sus ya mermadas fuerzas no les permiten el descanso, manteniéndoles en continua alarma. El fin, cercano ya aquel sangriento drama, todos le preveen, pero ninguno se atreve á decir nada que pueda herir el legítimo orgullo de la ciudad, víctima de la perfidia de las Turbaletas, que no dudaron en entregarse al extranjero, con tal de perjudicar á sus hermanos; triste misión la de este pueblo al lado de la infinita grandeza y honrosa memoria del pueblo saguntino!

La lucha era terrible, y el cartaginés había por fin logrado apoderarse de algunos puntos de la muralla, que fueron aislados inmediatamente por los sitiados que bajo la lluvia de saetas y entre el fragor del combate, habían levantado nuevos muros, arrasando sus piedras con la sangre que corría á torrentes. El heroísmo de Sagunto es la primera página de gloria en la historia española, y su sacrificio brilla cual bruñida lámina, esparciendo á través de los siglos luz tan intensa y tan brillante, que permite escribir páginas como Numancia, Zaragoza y Girona. La ciudad ya no merecía tal nombre; por doquiera se veían humear con fatídica oscilación los restos del incendio, que esparcían un olor acre y manseabundo á causa de los cadáveres y de la sangre que alimentaba sus pavesas. No había brazos para sepultar tanta víctima, y en los lugares del combate servían para rellenar las brechas, y atrincherarse para herir al enemigo. Por doquiera reinaba un silencio de muerte, que solo interrumpía la feroz gritería del salvaje ejército cuando se arrojaba cual manada de hambrientos lobos contra los muros de la ciudad, atraídos por el olor de los cadáveres. La copa del sufrimiento, del martirio, tenía que apurarla Sagunto hasta las heces y la apuró con valor y heroísmo.

.....
Era una oscura y tempestuosa noche del mes de Octubre. El día se había pasado sin que el enemigo atacara, y aquella inacción hizo redoblar la vigilancia durante la tor-



LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.



LOS MIJOS DEL ESCRITOR.



Ayuntamiento de Madrid

mentosa noche que se preparaba. A la puesta del sol gruesos nubarrones cubrieron el cielo impulsados por un fuerte viento del Este, al propio tiempo que dejaba escapar de su seno la azulada luz de los relámpagos y el sordo trepidar de lejanos truenos. La más profunda oscuridad reinaba en la tierra, y los enemigos se veían en la oscuridad no atreviéndose á acercarse unos á otros. Cerca de la media noche el ruido de unos pasos recatados, pero varoniles, se dejaron oír por una de las calles que conducían al alcázar ó agora, y pocos momentos despues dos guerreros, jóvenes al parecer, hablaban, paseando por aquella que junto á aquel se extendía.

Es preciso, Alcon, que intentemos una salida al campo enemigo y veamos de recabar una paz honrosa del sitiador; el sacrificio de esta ilustre ciudad, aunque no es mi patria, creo, como buen ibero, que es inútil ya. ¿Serán más valerosos los saguntinos por sostener una defensa imposible que por aceptar una paz honrosa? Quién sabe si el mismo Anibal no está deseoso de terminar una empresa que ya por orgullo sostiene aunque le duela el heroísmo de estaciudad.

—Mucho siento decirte, querido Alcon, que me parece vano tu empeño. Sagunto, mi querida patria, no querría entregarse sin unas condiciones honrosas como solo puede proponerlos ó aceptarlos quien como ella tiene en su favor la razón y la justicia. Anibal no aceptaría nada que pueda humillarle, pero ten por seguro que Sagunto no aceptará nada que sea contrario á su derecho ó vulnere su heroísmo. Corramos, presentémonos al feroz Anibal, y veamos qué condiciones nos indica, y buenas ó malas, las proponemos á este nuestro querido pueblo, y si las acepta, nos cabrá la gloria de haberle salvado de la misma sin mengua de su limpio honor, y si no las acepta moriremos con ella, aquí, en esta ciudad, en la que por la educación hasta los niños se convierten en héroes que enseñan al hombre á conocer cuáles son las cívicas virtudes de todo el que ama la tierra que le vió nacer, y de la que no quiere inicuamente ser despojado.

—La noche favorece nuestros planes y podremos salir sin que en la ciudad se aperciбан de nuestra empresa, y quieran los dioses serenos propicios y ayuden en nuestro intento.

(Se continuará)

LA PALOMA Y EL GAVILAN

Cuentan que en cierta ocasión llegó con mucha humildad á quejarse la paloma al adusto gavilán.

Con débil acento dijo:
—Señor, usted me dirá por qué de noche y de día me persigue pertinaz.

—¿Qué agravios pude inferirle yo, que no agravié jamás? Apíadese de mis cuitas y de mi debilidad.

Ensañese, si ensañarse por condicion natural le agrada, con los resptiles y otros bichos á la par.

—Calla, menguada paloma, la responde el gavilán. Te persigo y te devoro porque es tal mi voluntad.

—¿Pides razón de mis hechos?... Eso, necia, te está mal. ¿Compadecerte?... es indigno de quien, cual yo, puede más.

No replicó la paloma ni hubo á réplica lugar, que el gavilán la aprisiona entre su garra mortal.

Y devorador, en ella cebó su pico voraz, sin tener de su agonía ni sus gemidos piedad.

Cuando trates con tiranos no olvides al gavilán, y si eres débil paloma no los vayas á insultar.

MANUEL G. ALVAREZ (Presbítero)

LOS HIJOS DEL ESCRITOR

Si vidas llenas de accidentes, si existencias preñadas de alternativas, si historias de angustia y dolor hay en el mundo, pocas más completas de cambiantes que la del escritor público.

Por regla general somos (y dispénsenos la inmodestia de que nos contemos en el número de los públicos escritores, siquiera en gracia á los años que van transcurridos desde el en que por primera vez lanzamos nuestro nombre á la estampa al pié de un artículo y á la fé y al entusiasmo que informarán siempre nuestras intenciones y al buen deseo que nos moviera al desarrollar nuestros propósitos), los más desinteresados propagandistas, de toda idea nueva, de todo pensamiento útil, de toda innovación recomendable, de todo proyecto trascendental, de toda necesidad universalmente sentida, de todo problema expuesto. Para que despues de tantas horas de angustias, de tantas noches de insomnio, de tantos momentos de reflexión y una vez diluido el tema, los más nos acriminen ó nos desprecien y los menos nos oigan... pero como el que oye llover.

Esto que parece á primera vista dicho en son de queja por lo que á los demás se relaciona, no debe entenderse con este carácter tan solo, sino que abraza y comprende á nuestros propios hijos, ó más claros, para que cada cual quede en su puesto, á los hijos propios de los escritores que los tengan, pues de mí sé decir, y lo aseguro con pena, que aún no tengo en el mundo quien me dé el dulce y cariñoso nombre de padre.

Y esta salvedad la consigno, y entiéndase bien, al efecto, de que al ocuparme en el asunto que representa el cromó que al número de hoy acompañamos, no me mueve interés de sanguinidad por tal causa, sino el de testigo de mayor excepción de que la misma me reviste, por ser amigo de padres escritores que cuentan con hijos, que, cual los del cuadro, se entretienen en revolver lo que tanto costó coordinar al autor de sus días.

«Son los chicos de la piel del diablo»—oigo á veces exclamar á las madres, así como también escucho á los padres en tono de mayor dispensa,—«¡qué se les vá á hacer, al cabo y al fin son cosas de criaturas!»

No es de extrañar, por lo tanto, que vosotros los niños, con ese talento perspicuo del que dais á menudo pruebas irrefutables, adopteis un temperamento medio entre la afirmación del padre y de la madre, concluyendo por hacer lo que os dá la gana.

Y así es que se vé con no poca frecuencia al visitar el cuarto, más ó menos lujosamente adornado, de un escritor público, de los de la clase de padres con hijos un general vestido de gran uniforme con su *chascás* de plumas y sus bandas y bastón de borlas, *pintado* en una cuartilla en el que el papá desarrollára tras no escasas cavilaciones un tema filosófico, ó con un perrito de aguas, sobre unas quintillas de un drama en confección, ó en amigable consorcio las páginas de un Diccionario, con las de una novela histórica, ó las de la Agenda de bufete con las de un tomo de poesías, ó un trozo de un periódico con el recibo del casero y.... así sucesivamente.

¡Claro está; y como los niños son así, hay que dispensárselo todo, aunque sea el trastornar á sus papás sus cuartillas, sus libros y sus papeles!

No me opongo á que se les dispense algo y aún algos, pues no soy tan en extremo rigorista; pero la verdad es que los niños de los escritores abusan mucho de sus papás, quienes al cabo les perdonan, ¡padres al fin! sin aún haber elevado solicitud de indulto, las más de las veces.

Mas si esto ocurre con los hijos del escritor, hay el gracioso consuelo de que como ellos son los hijos de los demás padres, así civiles como militares, médicos como enterradores, veterinarios como maestros de escuela, jornaleros como capitalistas. Y si por sí lo dicho no bastara á consolarnos, menos aún nos consolará el saber que así ocurre en Madrid y en Getafe, en Londres y en Calahorra, en Viena y en Manila, en Roma y en Santiago y hoy como ayer y mañana sucederá lo de hoy.

Porque la verdad es que todos los niños son revoltosos, y que nosotros lo hemos sido y lo fueron nuestros abuelos. ¡Cuántas veces, al amor de la lumbre, jugando con la gata, ó pellizcando á mi hermanita ó metiendo una paja por un oído al perro, he escuchado yo las hazañas que decía mi abuela había realizado en su niñez... ¡Cuántas y cuántas veces, apreciables lectores de LA ILUSTRACIÓN....!

Pero como esto no hace al caso, pongo aquí punto final, pues creo haber indicado al menos, que tan revoltosos son todos los hijos, como los hijos del escritor.

GREGORIO BARRAGAN

LA MARIPOSA AMARILLA

—Duermete niño
—Otro cuento y te prometo dormir.
—Basta.
—No.
—Pues oye atento y cuida no interrumpir.
.....
«De un río en la verde orilla
»y entre el plácido murmullo,

»abrió una flor amarilla
 »su bien pintado capullo.
 »Un día la flor hermosa
 »cambió por otras sus galas,
 »se convirtió en mariposa
 »y huyó con sedosas alas.
 »Subiendo fué con anhelo
 »al sitio que apetecía,
 »y al fin se quedó en el cielo
 »como lámpara del día.
 »De vívidos resplandores
 »el mundo pronto llenó,
 »mas sus primeros fulgores
 »van al tallo en que nació.»

.....
 La ingratitud es desvío
 para el cielo y para el mundo...
 ¡Ba! se ha dormido... ¡Hijo mío!
 Goza de un sueño profundo.
 Verdad; el niño dormía
 sin que el dolor le taladre,
 soñando que el sol sentía
 en los brazos de su madre.

FEDERICO LAFUENTE

Febrero—1882

LECCIONES DE GEOMETRÍA

POR

E. GONZALEZ SANGRADOR.

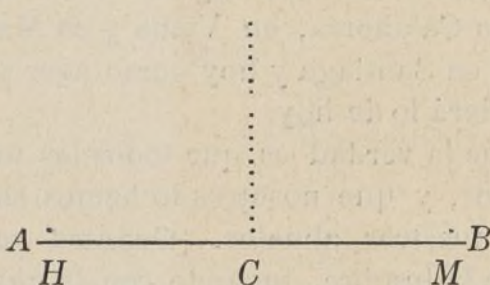
(Continuación.)

Sabiendo ya lo que es una línea perpendicular, propongamos resolver el siguiente

PROBLEMA

Levantar en un punto de una recta una perpendicular, para lo cual consideremos la línea AB , y supongamos que el punto C figura 5.ª, sea el indicado; claro es, que nosotros habremos resuelto nuestro problema si conseguimos que una recta que parta del punto C , forme

Figura 5.ª



con la AB dos ángulos rectos, pues siendo los ángulos rectos, será recta la perpendicular; en efecto: tomando con un compás, á partir de C en la recta CB una distancia CM , y en la otra CA otra igual con la misma abertura de compás CH , habremos conseguido que el punto C esté precisamente en el medio de la recta HM , condicion indispensable para conseguir hallar el otro punto que ha de determinar con el punto M la posición de la recta que buscamos, cuyo punto ha de satisfacer la condición de ser equidistante de H y M ; así, pues, haciendo centro en M con un compás, y teniendo éste una abertura algo mayor que la distancia que existe entre M y C , se traza con él un arco por encima de la recta H y M , y conservando el compás con la misma separación, haremos centro en H y trazaremos otro arco: estos dos arcos que han de encontrarse indispensablemente, nos dan el punto que necesitamos el cual es el de intersección de los dos; de manera, que uniendo el punto éste con el C de la

recta, habremos resuelto el problema; la recta levantada en C , será perpendicular á la AB en dicho punto C . Ahora bien: ¿pueden levantarse en el punto C más perpendiculares á la recta que consideramos? No. En un punto cualquiera de una recta, no puede levantarse más que una sola, perpendicular: y en efecto, hemos dicho que perpendicular es toda recta que forma con otra dos ángulos iguales: si nosotros consideramos que del punto C parta otra recta cualquiera, fácilmente veremos que formará con la recta AB dos ángulos; pero uno mayor que otro: y como todas cuantas se traen, á excepción de una, han de formar ángulos desiguales, solo una será la perpendicular: las demás serán oblicuas.

De la demostración anterior, se deduce el colorario siguiente: todos los ángulos rectos son iguales, sean ó no adyacentes: Para dar esta demostración, úsase el sistema llamado *superposición*, muy admitido en Geometría: así, pues, considerando los ángulos ABC y

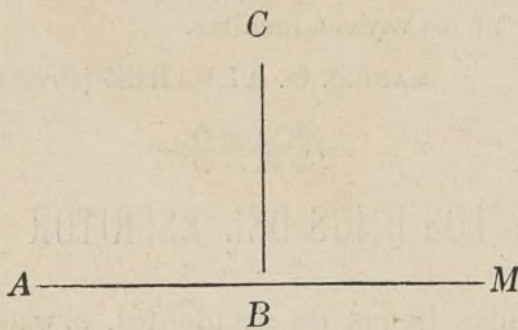
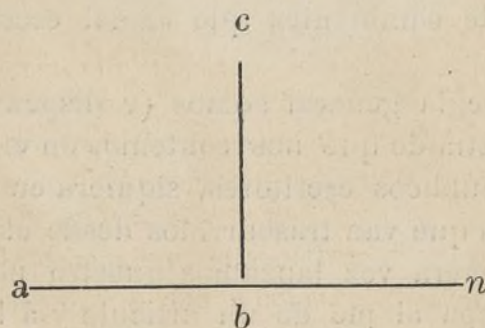


Figura 6.ª



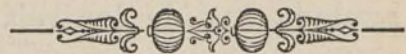
abc los cuales han sido formados, levantando en el punto B de la recta AM figura 6.ª, y en el b de la an las perpendiculares CB y cb , y siendo éstos por esta razón rectos, llevemos el abc sobre el ABC , de manera que el punto b coincida con el B , y la recta ab caiga sobre la AB ; dispuestas de este modo, es indispensable que la recta bc coincida con la BC , pues si no, siendo la BC perpendicular y no coincidiendo con la otra, que también lo es, habría en un punto dos perpendiculares á una recta: y como hemos demostrado que esto no es posible, han de coincidir; ahora, bien, los ángulos ABC y abc que tienen sus lados y vertientes totalmente confundidos, dicho está que son iguales, y como éstos son rectos, los ángulos rectos lo son.

Se verifica además, que siempre que una recta encuentra á otra, los ángulos que forma con ella valen dos rectos: esto es evidente; una recta puede encontrar á otra, ó perpendicularmente, ya forma con ella dos ángulos rectos; si la encuentra oblicuamente, forma con ella dos ángulos, uno menor que un recto y otro mayor; pero como lo que le falta al uno para valer un recto le sobra al otro, resulta que los dos juntos valen dos rectos: estos ángulos se llaman *suplementarios*.

Llámase ángulo *obtusos* el que es mayor que

un recto, y *agudo* el que es menor; así, pues, el ángulo ABD de la figura 4.ª es *obtusos*, y el ABC *agudo*.

(Se continuará)



DOMINICO THEOTOCOPOLI, EL GRECO.

Siempre fué rico y surtido arsenal España para el génio de los poetas y los pintores.

Sus muchos y magníficos monumentos, sus tesoros artísticos, su cielo azul sin nubes, los tipos característicos de sus diferentes comarcas, sus tradiciones, su fé, su valor y tantos y tantos otros aspectos como fueron á nuestra patria querida tan peculiares siempre, han sido, en todas épocas, motivos en que encontrasen inspiración las musas y los pinceles de sus pintores y sus poetas.

Así que no es de extrañar que este país haya sido visitado en todos los tiempos por los más célebres maestros en el arte en sus varias manifestaciones, atraídos por la fama de las mil y mil joyas que encierra y que constituyen uno de los renombres más esenciales.

España con sus templos y sus castillos, sus montañas y sus vegas, sus rios y su cielo y sus tradiciones, sentidas unas, apasionadas otras, llenas de romanticismo éstas, cuajadas de rasgos de valor aquellas, habia forzosamente de ser, como ha sido y sigue siendo, la madre de los poetas y el asilo de los pintores.

Atraído sin duda por cúmulo tal de circunstancias, vino á inspirar sus concepciones á esta nación el famoso artista Dominico Theotocópoli, que nació en Grecia por los años de 1548, y á quien en España conocíase más comunmente por *El Greco*.

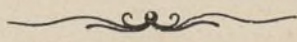
Al venir á España estableció en la imperial Toledo, en cuya ciudad vivió muchos años al decir de los biógrafos, y en la que aseguran falleció por el mes de Abril de 1614, según unos, y en 1625 según otros.

El retrato que de tan noble pintor damos en la plana que sigue á estos líneas es un modelo acabado de sus dotes privilegiadas, pues es copia del que él mismo se hizo y cuyo original conserva al presente en la galería de su palacio de San Telmo en Sevilla el ilustre señor duque de Montpensier, que con otras joyas artísticas que archiva en aquél, ha demostrado su amor al bello arte de la pintura.

De tan inspirado autor como Dominico Theotocópoli, existen cuadros en la iglesia catedral de Toledo, en el monasterio del Escorial, en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y en el Museo del Prado.

Fué además escultor y arquitecto, y á él se deben no pocos retablos, estatuas y bustos, y las trazas de las iglesias de la Caridad y de los Franciscanos descalzos de la villa de Illescas, provincia de Toledo.

Tal es, apreciables lectores, á grandes rasgos contada, la vida artista de *El Greco*, que abandonó su patria nativa y vino á este suelo hospitalario á dejar el rico tesoro de su agradecimiento en obras y cuadros de inmortal renombre.





DOMINICO THEOTOCÓPOLI (EL GRECO)

EL CURA DE MI PUEBLO

(CONCLUSION)

Comprendía que el mal de los pueblos, y por consiguiente de la sociedad, procede, ó de la ignorancia, ó de las malas doctrinas, y convirtió su casa en una escuela pública y gratuita en que enseñaba gramática castellana y latina, y con preferencia las verdades de la religion y el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría. Estudiaba cuidadosamente las naturales inclinaciones de sus discípulos, las fomentaba gradualmente, decidiendo á unos por el estado religioso, por el del sacerdocio á otros, por el del magisterio á algunos y á todos por aquella que les era más conveniente, proporcionando recursos á los que de ellos carecían.

De esta manera consiguió que un pueblo que hace 20 años tenía solamente tres ó cuatro hombres de carrera, tenga hoy más de treinta, y cuente ilustrados catedráticos entre los PP. Escolapios, intrépidos misioneros entre los Paulés, Dominicos y Franciscanos, celosos sacerdotes en el clero secular, ejemplares religiosas en todas las Ordenes y especialmente entre las hermanas de la Caridad, varios maestros de escuela y algunos intrépidos militares: ¡Oh, y cuánto puede un hombre caritativo! ¡Bendito sea Dios que proporciona á su Iglesia hombres como el Cura de mi pueblo!

Quizá, mis amados lectores, os hayais formado la ilusión de que el bondadoso Cura de mi pueblo habrá sido en este mundo todo lo feliz que parece puede ser el hombre que no se aparta del cumplimiento de su deber. Si así es, estais muy engañados: no conocéis al mundo, ni á los hombres; porque olvidais que la ingratitude marcha siempre en pos de los beneficios, y la envidia en pos del mérito, y que la felicidad humana no es ni puede ser por sí sola premio proporcionado á las obras que se hacen por Dios. El Cura de mi pueblo no podía ser una escepcion; y semejante al divino Maestro, que fué crucificado por las hombres á quienes vino á redimir, fué cruelmente perseguido por los mismos que de él recibieron beneficios á manos llenas. Acusado como carlista (¡terrible crimen!), no siendo más que un verdadero católico, fué más de una vez brutalmente atropellado en su misma casa, conducido alguna á la cárcel del partido, y por fin encerrado y detenido una larga temporada en las prisiones de Valladolid; de donde volvió á su amado pueblo, probada su inocencia, purificado por la tribulacion, como el oro por el fuego; pero desgarrado su corazón por el dolor.

Decididos sus enemigos á perderle á todo trance, le falsearon la firma, y colocándola al pie de un escrito inundo y calumnioso, en que se vendía la vida de un hombre, le hicieron aparecer á los ojos del mundo, que juzga generalmente por las apariencias, como un infame asesino; pues como tal fué delatado al tribunal ordinario. Este golpe contra su honor fué una sentencia de muerte; pues una afeccion al estómago, producida por este y los demás disgustos que antes había sufrido, le acarrearón la muerte, quedando la Iglesia privada de uno de los sacerdotes más íntegros, y el Arenal de un padre cariñoso.

Dios, sin embargo, quiso empezar á premiarle en esta vida sus virtudes heróicas, concediendo el consuelo de morir en brazos de sus amadas discípulas las Siervas de María de la calle de

Arango, en el barrio de Chamberí de esta Corte. Escuso decirlo que murió como mueren todos los mártires, rogando á Dios por sus perseguidores.

Esta es, mis amados lectores, la historia del cura de mi pueblo: ¿qué os ha parecido? Os estoy oyendo contestar por lo bajo, porque la delicadeza no os consiente otra cosa. Es, sin duda, interesante la historia del Cura del pueblo de V., porque ofrece un modelo perfecto del sacerdote cristiano y porque enseña á no esperar nada de este mundo, que solo es rico en ingratitudes y desengaños... ¡pero es una lástima que no haya tenido mejor panegirista! ¡Quizá le faltase esto para ser completamente desgraciado! Admito vuestro fallo, y no protesto: efectivamente merecía el asunto pluma más elocuente; pero bueno ó malo quiero que lo consideréis como una muestra de agradecimiento al que fué mi párroco y mi maestro, y á quien todo se lo debo. Vosotros, amados lectores, no olvideis la historia del cura de mi pueblo: imitadle en sus virtudes, con lo que no habreis perdido el tiempo y yo me daré por muy satisfecho.

ANDRÉS CASADO

LA FELICIDAD

Débil hombre, siempre estás la felicidad buscando, tras de ella vas caminando sin alcanzarla jamás. En sueños la ves quizás, mas despues que esto sucede, nadie en el mundo te puede dar lo que en el sueño viste, porque en la tierra no existe; sólo el cielo la concede.

Desecha, sin dilacion, todas las glorias mundanas, pues son ilusiones vanas que halagan al corazón; ten del pobre compasion y deja la vanidad; sólo existe una verdad para recobrar tu calma, sólo con la paz del alma tendrás la felicidad.

JULIO MARTINEZ

LA MUÑECA

CUENTO INFANTIL

Hacia algun tiempo que no veía á mi buen amigo Ricardo Nieto, y un dia, por casualidad, me le encontré al tiempo que salía de un ministerio. Natural era, tratándose de amigos de la intimidad, con que él y yo nos tratamos siempre, preguntarnos mutuamente por el estado de nuestras vidas y por la marcha de nuestros respectivos negocios. Yo le dí noticia de los míos, que pueden reducirse á cero, expresion matemática, y por consiguiente exacta, y él me participó que hacia tres años se había casado con una prima suya y que de tal union tenía una hermosa niña, que era el encanto de su casa. Ofrecíome la suya y yo, como es consiguiente, pensé que agradecería más la prometida visita si le obsequiaba en aquello que él más estimaba, en su

hija. Ninguna cosa pensé que pudiese ser más del agrado de ésta, ni más propio de su edad y sexo, que una muñeca.

Efectivamente: compré en casa de Scrokp la que me pareció más á propósito y me fuí con el obsequio en una cajita y llevándole debajo de mi capa, hácia la calle de la Puebla, donde mi amigo Ricardo vivía.

Hechos los saludos y presentaciones de ordenanza, y habiendo visto orilla de su mamá quieta y pacífica, á la niña, la ofrecí la muñeca en cuestion, agradeciéndome los padres, como ellos solamente saben agradecerlo, aquel agasajo modesto, pero que no pudo menos de serles simpático en extremo, pues demostraba que no había olvidado que tenían una hija.

La niña, merced á mis instancias y á las de su mamá, cogió la muñeca, la miró con suma atencion y mandó que su madre la guardara para no estropearla. No me extrañó la determinacion de la niña, pues su padre, teniendo poca edad, aunque algunos años más que yo, era siempre mi protector y me daba muy saludables consejos.

Despedime despues y volví á frecuentar su casa, enseñándome siempre los padres la muñeca con cierto aire de triunfo y diciéndome: —¿Ves? esta hija es un tesoro; no rompe nada de lo que se la compra ó regala. —Y siempre que á su casa iba, me repetían las mismas frases y me presentaban la muñeca en el mismo estado.

Poco tiempo despues, y de vuelta de un viaje, me encontré sobre la mesa de mi despacho con una carta de fecha muy atrasada. Era una série de renglones, de esos que solamente el dolor de los padres puede trazar, en que Ricardo me daba la triste nueva de la muerte de su pobre hija.

En el momento me dirigí á su casa. No pretendí dar excusas por mi tardanza; bien sabían que mi dolor era verdadero. Aquella casa se hallaba sin animacion, sin vida: la pobre madre estaba desconsolada, y más muerta que viva, me enseñó la muñeca que tantas veces me mostraba con aire de triunfo, diciéndome sollozando: —¡Pobre hija mia!

He oído quejarse á muchos padres de que sus hijos son escesivamente destrozones y que no bien les compran un vestido ó un juguete, inmediatamente lo hacen añicos. Esto es muy natural; la imaginacion vivísima de la infancia, desea ver y analizar todo, examinar sus causas, el por qué, en una palabra, de cuanto les rodea. A cada edad hay que darle lo suyo, procurando no precipitar los periodos de la vida.

Los niños que no rompen sus juguetes y los tienen como la niña de mi cuento, siempre intactos y nuevos, ó están dominados por la tristeza y mueren bien pronto, ó la imbecilidad ó el idiotismo son los reyes de su inteligencia escasa ó nula.

CÁRLOS DÍAZ VALERO

EL ESQUELETO VIVO

I.



ecorriendo las elevadas montañas de Silcilis, que á lo largo del Nilo se levantan, es fácil que el viajero llegue á un sitio, en el cual se escuchan ayes lastimeros, como si algún sér viviente de agudísimos dolores se quejara; pero es también fácil que, al recordar que las aguas de aquel sagrado río son un criadero de cocodrilos, atribuya á éstos aquellos ayes, y no pare en ellos su atención.

Yo, en uno de mis frecuentes viajes por el Egipto y la Nubia, después de disfrutar de los magníficos panoramas que á mis ojos ofrecieron las alturas de la cordillera líbica, Djebel-Mahagat y las gargantas de Taphis, detúveme una tarde, sofocado por aquel sol ardiente, á la sombra de un sicomoro, que se levantaba sobre la falda de aquellas montañas. Cerca de él ahondaba la roca un antiquísimo hypogeo, cuya entrada presentaba un magnífico conjunto artístico de piedras y de ruinas, por cuyas grietas brotaban los narcisos, y se entretejían zarzales y violetas.

Abstraído en una inmensidad de consideraciones que se sucedían en tropel en mi mente, fascinado á la vista de aquellos restos de la civilización antigua, que parecían como suspiros lanzados por un pueblo moribundo, llegó, sin a percibirme de ello, la noche.

II

Desconocía por completo el terreno, y decidido á dormir entre los riscos que á mi lado había, interrumpieron mi tranquilidad unos ahogados suspiros, que por la entrada del hypogeo se escuchaban, como si él mismo los exhalase con sus inmensos labios de granito.

La curiosidad me atrajo hácia aquel sitio, y penetré en el subterráneo.

La luna, tantas veces adorada por aquellos pueblos, que dormían el eterno sueño de la muerte entre el polvo de sus templos, iluminaba con una luz tan viva, que no parecía de noche.

A la misteriosa claridad que difundían los rayos suyos, deslizándose por entre las hojas y las piedras, pude ver en las paredes indecisos restos de jeroglíficos, inscripciones, bajo-relieves y símbolos egipcios, grabados allí quizás desde los tiempos faraónicos.

Sobre mi cabeza caía de cuando en cuando alguna gota de agua filtrada, y algunas estalactitas y trepadoras entorpecían mis pasos.

Creíme entonces trasladado al funerario cuartel de las Memnonias, y los recuerdos históricos causaban una emoción tan triste en mi alma, que caía de mis ojos convertida en lágrimas, lágrimas que me hacían pensar que las gotas que se desprendían de las montañas, eran también lágrimas arrancadas á la fuerza de un dolor parecido al mío.

A cada paso me imaginaba que se rompía aquella multitud de ibis, de cocodrilos y de esfinges; aquella infinidad de hombres-serpientes, de discos y de cuernos; aquellos grabados de

Nephtys y de Osiris, de Isis y de Ammon y de tanta divinidad egipcia; creía ver levantarse entre tanto símbolo, sacudiendo el polvo de sus huesos y rompiendo sus perfumadas ligaduras, alguna Cleopatra, algún Ptoleméo ó algún Faraon momificado, y los oía reprenderme por el atrevimiento con que perturbaba aquel silencio eterno!

III

Esforzándome por descifrar algunos de aquellos signos casi borrados por el tiempo, por el aire y por las aguas, mi corazón se heló de espanto. Una infinidad de lucecillas fosfóricas se encendían en torno mío, y se perdían en la oscuridad de la cueva, como si fuera una iluminación fantástica, y los suspiros que me habían decidido á entrar resonaron distintamente á mi espalda.

Entonces volví la cabeza y lancé un grito de horror.

Había en el suelo un esqueleto tendido, un esqueleto que se retorcia haciendo crujir sus huesos carcomidos, como crujen los manojos de las cañas secas cuando unos sobre otros se amontonan.

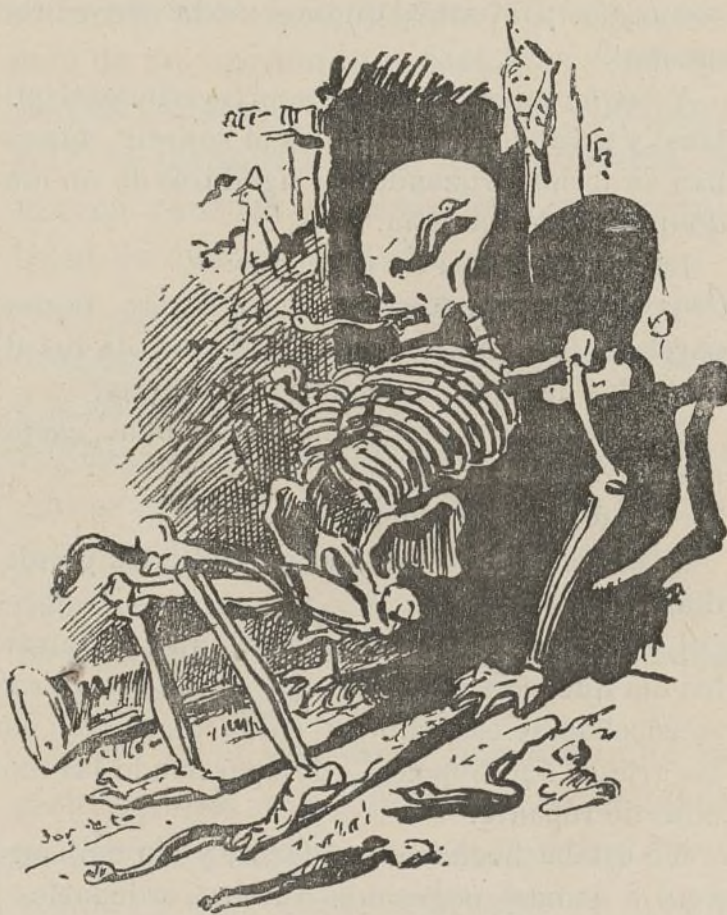
Al acercarme á él, una infinidad de lagartos y de culebras saltaron por entre los huesos de sus costillas y por entre los agujeros de sus ojos, de su boca y de sus narices, y así saltaron como salta la espuma de la cerveza cuando se levanta el tapon que la comprime; parecía que en las cavidades de su cráneo y de su pecho tenían formado su nido.

Y los huesos, conforme salían los reptiles, chocaban unos con otros, como si tuvieran vida y sensibilidad, como si entre sus poros se agitasen un ser incomprensible, como si estuviera, en fin, aquel esqueleto vivo.

IV

Luego le ví incorporarse.

Necesité entonces un valor inusitado para verle y no caer en un desmayo de miedo y de turbación; pero más aún le necesité cuando le oí exclamar, sin que supiera por dónde.



—Oye, tú, cuyos huesos están cubiertos de carne aún, cuyos oídos y cuyos ojos todavía oyen y ven: si algún día por las montañas que se levantan sobre nuestras cabezas, te encuentras algún monje copto con su traje humilde y con su barba blanca, dile que has oído á Thamar gritos de dolor y de angustia, dile,

¡ay de mí! dile que me has visto como me estás viendo, dile que padezco horriblemente, dile que apenas los granos que se desprenden de esta roca comienzan á cubrir mis huesos, los reptiles, que en ellos viven, los mueven y caen los granos al suelo, y siempre estoy sobre la tierra, y no hay nadie que quiera darme sepultura!

Y, diciendo esto, lanzó el esqueleto un ¡ay! profundo, que fué de eco en eco perdiéndose por aquel prolongado espacio.

No sabía yo si atreverme á preguntar á aquella visión extraña: me creía acometido de una espantosa fiebre ó de un calenturiento delirio.

Al fin me decidí, y le pregunté:

Dime, tú, voz que de entre esos huesos sale sin que yo aún por dónde acierte, ¿qué poder secreto mueve tus labios y tu lengua, que ya dejaron de serlo? O ¿es que mi fascinación es tal, que sólo veo en tí un esqueleto, y eres una realidad un sér viviente?

—No, me dijo; no soy un sér viviente, si al preguntarme que si lo soy, que si soy como el sér tuyo me preguntas: pero si soy un sér viviente, porque, aunque sólo soy un esqueleto y mis huesos están desnudos y fríos, tienen sensibilidad y vida, que así le plugo que la tuvieran á la voluntad de Aquél, que con ella le es posible hacer tales cosas, que no alcanza á comprender nuestra limitada inteligencia.

Oye: yo soy Thamar. Manfalur es el pueblo donde por primera vez fué sér el sér mío.

Un día, atormentándome la vida pacífica de aquel sitio, y cansada de la vida de mi marido Ismail, huí á Menfis, adorné mi cuerpo con todas las galas que me fué posible, peiné mis cabellos provocativamente, abrí mi túnica hasta descubrir el seno, vertí en mis vestidos aromas de Alejandría, y me lancé en brazos de las más escandalosas orgías.

Allí viví un año. La casualidad hizo que Ismail acertara mi residencia, y tuve que trasladarme á Syut.

V

Una noche, ¡qué terribles recuerdos evoca en mí la memoria de aquella noche!

Se celebraba un espléndido banquete en la sala de los placeres de mi casa. En torno de nuestra mesa bailaban infinidad de voluptuosas almeas, y mis compañeras y yo caímos sonolientas en brazos de nuestros amantes, adormecidos también por el placer, por el espíritu de las bebidas y por la atmósfera, cargada de esencias y de gases.

De repente ví moverse el tapiz que cubría la entrada de la habitación. Levanté mi cabeza y entonces ví quebrarse los pálidos reflejos de la antorcha que nos alumbraba sobre la limpia hoja de acero de un puñal; ví una mano plegar aquel tapiz maldito, y delante de mí con los ojos inyectados en sangre, se presentó Ismail amenazándome.

Pero yo dí precipitadamente un golpe en la pared que á mi espalda se levantaba, y que no era otra cosa sino una puerta secreta, y sin dar tiempo á que por ella penetrara mi marido, la cerré detrás de mí y huí sin saber por dónde huía.

¡Corría, corría sin cesar; mi ceñidor se había desatado, y mis vestidos flotaban sueltos al capricho del aire; mis cabellos se habían desordenado; yo debía parecer una loca!

No sé cuánto tiempo corrí. Debió ser mucho, porque estaba muy fatigada. Por eso me senté á la sombra de un templo de Nephtys, por el

cual conocí que atravesaba la cordillera líbica: despues volví á correr; pero cuando llegó la noche, vi debajo de mis piés, alumbradas por la luz de la luna, las torres y las columnas de Syut como si fueran fantasmas que acusaban á mi conciencia.

¡No habia adelantado nada!

Volví la cabeza asustada, y corri tanto, que bajé aquella montaña y subí y bajé otra y otras muchas más.

Luego llegué á la que sobre nosotros se levanta.

Subia por la mitad de su pendiente, cuando ví una luz que se movia.

Era un pobre monje copto de los que viven por esos sitios retirados.



Luchaba por enterrar un muerto, y, al verme cerca de él, me rogó que le ayudase. Yo me reí de su pretension, y al llegar á mí el olor infecto del cadáver, recuerdo que le dije:

—Dejad ese cuerpo que ya empieza á podrirse: si le enterrais, ¿qué vais á dejar á los grajos y á los buitres?..

Pero ¡ay! más léjos encontré el puñal de Ismail, cuyo nombre estaba grabado en su hoja, y á los pocos pasos pisé un trozo de su manto!

Al ver estos despojos, me aseguré de la muerte de mi marido, y pensé que, muerto ya, podría dedicarme con entera libertad á mi vida escandalosa, volviendo presurosamente á Syut.

VI

Aún faltaba una hora para que los primeros rayos del sol perfilaran de color de grana los contornos de las nubes.

Yo estaba completamente destrozada, y pensé arreglar mis vestiduras y ceñir mis cabellos para entrar en la ciudad...

En llegando aquí, el esqueleto lanzó otro suspiro más profundo aún que el primero, y continuó su histeria, exclamando:

—¡Oh! ¡Derrama tus lágrimas, que si al escuchar dolores las viertes, no has de escucharlos nunca más intensos que los míos!

¡En las ruinas de otro templo me senté!

Mas no bien habia comenzado á combinar los rizados de mis cabellos, ví brillar delante de mis ojos los ojos de una enorme serpiente, que debajo de un capitel roto dormia, y á quien yo sin duda desperté con el ruido de mis pasos.

Al verla, me levanté y corri aterrada; pero yo sentia arrastrarse detrás de mí á aquel animal maldito.

En mi huida, encontré tendido entre las piedras el cadáver de Ismail, sobre el cual revoloteaban los grajos y los buitres. Yo no podia ni queria pararme, porque la serpiente me perseguia y me perseguia sin cesar, y yo sin cesar huia.

Luego, cuando bajé de la montaña, ví á la falda suya un hueco que se abria entre la maleza y entré los riscos, y quise ocultarme en él: pero la serpiente me seguia.

Ya no tenia aliento, me faltaban las fuerzas y caia desfallecida; me daba espanto la oscuridad y me daba más espanto aún la serpiente;



pero temia más á la última, y huyendo de ella, penetré en una oscura galería y me perdí en sus revueltas misteriosas.

VII

¡Entonces tuve un delirio horrible, el último delirio de mi vida!

Oia á la serpiente silbar y sentia venir otras que me mordian por todas partes, y se enroscaban al rededor de mi cuerpo, oprimiéndome con sus anillos.

Luego se abrieron mucho mis ojos, y escuchalo que vieron.

Vieron á Ismail que llamaba con una voz atronadora á los muertos que allí dormian, y daba golpes con nerviosa fuerza sobre todas las paredes, que resonaban como si estuvieran huecas, y contestaran á su voz.

Entonces ví caerse una multitud de trozos del subterráneo, como si un terremoto agitara la montaña, y por cada uno de ellos aparecer una momia.

Mi marido cortaba con su puñal las ligaduras que oprimian á todas ellas, y les decia:

—Miradla, esa es Thamar, la mujer escandalosa de Menfis y de Syut; hagamos en su honor una orgía. ¡Oh, sabed que con eso la divertiréis mucho!

Y las momias lanzaban sonrisas indescriptibles, y cayéndose sus dientes al sonreír, danzaban en torno, cruzando sus ligaduras de un modo que me desvanecia.

Ismail no cesaba de exclamar:

—Mira, Thamar, mira si te quiero; te proporciono una danza como la danza de tus almeas, las de aquella noche, ¿te acuerdas?

Despues las momias me abrazaban, exclamando:

—¡Qué hambre tenemos!

Y así diciendo, rasgaban mis vestidos y mordian mis carnes.

Luego rompieron mis huesos, que yo misma los oia quebrarse, los roian, y cuando se vieron satisfechas, se escuchó un ruido atronador por las grietas del hypogeo, desapareciendo las momias de repente.

Yo estaba hecha mil pedazos, y sin embargo veia á Ismael coger mis huesos, ordenarlos y formar con ellos otra vez mi cuerpo.

Cuando concluyó su obra, él mismo cavó su sepultura y se encerró en ella.

VIII

Desde entonces, que ya hace muchos siglos, estoy en este sitio.

No soy más que un monton de huesos, y aun que no soy más que esto, los lagartos que anidan dentro de mí y que me roen continuamente, me causan agudísimos tormentos.

Diselo así á los monjes que habitan sobre esta montaña, y si algun dia te encuentras algun cadáver, dale sepultura, sí, dale sepultura, porque si no, se levantará y dirá á los muertos:

—Mirad, mirad el hombre sin compasion, el hombre cruel que no nos hubiera dejado lecho para dormir nuestro último sueño.

Mirad el hombre infame que nos hubiera dejado sorbe la tierra para alimento de las fieras, de los grajos y de los buitres.

Mirad el hombre desnaturalizado que nos hubiera dejado rodar el Nilo para que nos destruyeran los caimanes.

Y diciendo esto, dió el esqueleto un tercer suspiro angustioso y cayó al suelo.

IX

Yo quise mirar con más detencion aquellos huesos; pero, al abrir mis ojos, en vez de sus líneas entre amarillas y blancas, ví las líneas sonrosadas de la aurora que se rompian entre las grietas de las piedras y entre las hojas y los narcisos que cubrian la entrada de aquel hueco, donde, sin duda, me habia quedado dormido.

Entonces me convencí de que todo habia sido un sueño, efecto de tantos recuerdos como se amontonaban en mi excitada imaginacion.

Sin embargo de que bien pudiera ser realidad, porque ¿de qué castigo no es digna una mujer como Thamar? ¿Qué tormento no se merece un hombre que no quiere enterrar á un hermano suyo, y le deja encima de la montaña para alimento de las fieras y de las aves?



LA ACTIVIDAD

La facultad de obrar es la que más influye en el desenvolvimiento de la riqueza pública y en el desarrollo de las fuerzas físicas.

La inercia, es la desidia, el abandono, la abyeccion.

La pereza, que es la madre de todos los vicios, mata á las ideas.

La actividad, dá forma á aquellos, las vigoriza, las pone en práctica.

La apatía, es la antítesis de la actividad.

Es el doctrinarismo en gigante lucha con el eclecticismo.

La pereza, degrada, empobrece y prostituye lo mismo á los individuos que á los pueblos.

Al hombre perezoso le consume el hastío.

Al activo se le vé industrioso, trabajador rico en fin.

La pereza de los pueblos, dice un escritor contemporáneo, es el primer sosten y más fuerte defensor de la tiranía.

Así, pues, mi amigo lector, conviene ser muy activos, porque, como os dije al principio, con la actividad es un hecho la pública prosperidad moral, intelectual y material.

MANUEL LOPEZ CALVO

R. Velasco, impresor, Rabio, 20